

y suntuosa iglesia de San Patricio, la que en el año 1533 fué erigida en insigne colegiata, por bula de la Santidad de Clemente VII (1).

El muy erudito y grave escritor Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara, en su interesante *Historia de Granada*, comprendiendo las de sus cuatro hermosas provincias, describe el famoso hecho de armas, de esta guisa:

«La victoria del Conde de Arcos (2) excitó la emulacion de los caballeros de Granada y pico vivamente el orgullo de Aben Osmin (3). «Verdad es dijo éste cavilando en los salones de la Alhambra, que mis soldados han vuelto gurupas al »poniente; mas ha sido para asestar sus tiros hacia levante.» Significaba con esta frase sus deseos de provocar nueva pelea en los campos de Lorca, Murcia ó Cartagena.

»Los caballeros moros, despechados con el anterior descalabro y devorados de impaciencia por marchar á la frontera y vengarse, acudieron á la Alhambra, y pidieron á Aben Osmin licencia para cabalgar. El rey, preocupado con igual pensamiento, no solo la otorgó sino que eligió las divisiones, nombró capitanes, aprontó dinero para las pagas y dió el mando de la hueste al joven Abdilvar. Era este un mancebo sin miedo ni tacha, hijo del guerrero y vicir del mismo nombre

(1) En el día se conmemora en la iglesia de su nombre, con una función religiosa, que costea y á la que asiste la Corporación Municipal, predicando el capellán de dicha Corporación sobre el hecho de armas de los Alporchones, y el panegirico del Santo titular Señor San Patricio.

La iglesia de San Patricio dejó de ser colegiata el sábado 19 de Junio de 1852, en que se celebró la última sesión; si bien el miércoles 13 de Julio del mismo año quedaba todavía un canónigo, quien asistió todo el día á los oficios divinos, y desde otro día 14 de Julio de 1852 empiezan á figurar los capellanes.

Del Episcopologio manuscrito de la Diócesis que tenemos á la vista, resulta: que en los días de San Juan Martín Silíceo, número 47 de sus Obispos, Colegial que fué el Mayor de San Bartolomé de Salamanca, maestro y confesor de Felipe II y Arzobispo de Toledo, se erigió la insigne Colegiata de Lorca —Año de 1533

(2) Segundo Conde de los Arcos y Señor de Marchena que derrotó en 8 de Febrero de 1452 á los moros, cerca de Matapardá.—N. del A.

(3) Mahomed Aben Osmin el Anaf (el *Cojo*, 17.º Rey de Granada.

que habia acaudillado á los Abencerrajes. El novel campeón rehusó con tenacidad tomar parte en la contienda de los disidentes de Montefrío, y ni las amonestaciones de su familia, ni las instancias de sus amigos sirvieron para alistarle en las banderas de Aben Ismael: un motivo secreto le tenia aprisionado en Granada y hasta le hacia inclinarse al partido de Aben Osmin (1). En un día de torneo clavó su vista en un ajimez y observó que una mora de aquellas «que, según las leyendas árabes, con solo mirar introducen en el corazón raudales de deleite,» atendia con singular afición á los giros de su caballo, á los botes y acierto de su lanza.»

»Esta novedad encendió repentino entusiasmo en el pecho del Caballero, y le sirvió, cual maravilloso talisman, para hacer mil gentilezas en el palenque y ganar los laureles de la justa. Al siguiente día se informó de la calidad y linaje de la dama, hizo trovas al pié de su ventana, y aunque logró fina correspondencia, supo que era hija de un vizir hostil á los Abencerrajes, inflexible en sus enemistades y capaz á la mas leve sospecha de matar á la enamorada doncella. Deseando Abdilvar superar los obstáculos que oponian á su felicidad los rencores hereditarios de ambas familias, se adhirió al partido de Aben Osmin, y concibió la esperanza de obtener en premio de altos servicios la mano de su señora. El rey estaba tan cerciorado de las relevantes cualidades del Abencerraje, como que todos los granadinos le reconocian en cumplir su promesa fiel, en aconsejar discreto, en ejecutar veloz, en acometer animoso, en usar de la victoria clemente: era el tipo de la gracia, del valor y del genio que habian desplegado los árabes andaluces en sus tiempos de gloria. A la fama de una campaña emprendida bajo la dirección de Abdilvar se pobló Granada de Caballeros de Ronda y Málaga, seguidos de muchos vasallos armados. Aben Cacin, capitán de los explora-

(1) Este mancebo, entretenido en unos amores, no había querido seguir el bando de su padre el vizir Abdilvar, y con esperanza de conseguir en premio de sus buenos servicios su deseado casamiento, permaneció en Granada y el rey Aben Osmin le estimaba por su valor, y le encargaba las más difíciles y honrosas empresas.—Conde, pág. 4, cap. 32.

dores reales de la Vega, se alistó también para la jornada. El día de la salida (A de 1452 de J. C. mes de Marzo) se conmovió la Ciudad con el eco de las trompetas, añafles y dulzainas, y entre vivas aclamaciones desfilaron gallardamente los Alaveses y Gomeles, los Muzas y Zegríes, los Marines y Gazules y otros muchos guerreros de linaje esclarecido (1). Marchó Abdilvar con su ejército por Guadix y Baza, en cuyo tránsito se agregaron los guerreros de estas ciudades á las ordenes de sus alcaides Almoradi y Aben Abis: encaminose á Vera, última plaza de la frontera, á la cual acudió el gobernador de Almería Malique Alavés, apellidado el *Intrépido* por sus audaces correrías en los campos de Lorca y por el rigor de su afilada lanza. Capitaneaba Malique los moros más feroces del reino, á los montañeses criados en la sierra de Gador y en las frias vertientes de la Nevada, gente membruda, frugal, sufrida, acostumbrada á vivir sin freno ni ley en sus tierras inaccesibles y solo obediente al eco de la bocina que anunciaba la hora de tomar parte en la devastacion y el pillaje del campo cristiano. También los alcaides de Cullar, Orce, Huescar, los Velez, Xiquena, Tirieza, Caniles y Purchena, entraron en Vera con estandartes desplegados.

»Abdilvar arengó al ejército y dió enseguida la orden de marchar: los campos de Pulpi, las marinas de Lorca, áridas y solitarias, yermas, no ofrecían objeto en que el soldado pudiera cebar su rapacidad: tuvieron que correrse las brigadas musulmanas hácia los campos de Murcia y Cartagena, en cuya tierra hallaron ya ganados, cautivos y viveres en abundancia: riquísimo fué el botín reunido en aquella comarca; millares de familias quedaron empobrecidas y las que no pudie-

(1) A este suceso es alusivo aquel gracioso romance que principia:

Allá en Granada la rica
Instrumentos óf tocar
En la calle de Gomeles
A la puerta de Abdilvar.
El cual es moro valiente
Y muy fuerte capitan, etc.

Nota del Sr. Lafuente Alcántara, pág. 279.

ron acogerse al recinto de las villas cercanas arrastraron la cadena del cautiverio.

»No agradaba á Abdilvar la inaccion de los cristianos, ni la particularidad de no vislumbrar una banderola en todo el horizonte. «El enemigo no duerme, dijo á sus cabos, reúne fuerzas, y no volveremos á la frontera sin ser acometidos.» Consiguiente á esta presuncion, dió orden para arreglar la retirada y concluir cómodamente el botin. Las tropas desembocaron con un estorboso convoy en los campos de Corvera y Escobar, cruzaron las vegas de Lorca y pasaron á apoyarse en el Puntarron, paraje asi llamado por ser remate de la tierra que media entre los campos de aquella ciudad y sus marinas. Proponiase Abdilvar proseguir al abrigo de la sierra que media entre los campos de aquella ciudad y no extenderse por la llanura, donde seria preciso abrirse el paso á punta de lanza, y sacrificar gente y parte del botin. Malique fué de contrario parecer, y sedujo con vivacidad y arrogancia á los demás caudillos. «Nuestros soldados, no solo deben invadir la llanura y no dejar huella de vivientes, sino pasar al pie de las murallas de Lorca y tremolar ante sus defensores nuestras banderas, y turbarles el sueño con el son de los atabales y trompetas.» Comprometido Abdilvar con estas palabras dió la orden de continuar por la rambla de Viznaga y pasar á vista de Lorca.

»Su pronóstico no era infundado: mandaba á la sazón en Lorca Alonso Fajardo, llamado el *Malo* (1) por la dureza é

(1) Ya hemos dicho en otra parte de este trabajo que Alonso Yáñez Fajardo, el vencedor de los Alporchones, se había constituido régulo de Murcia y Cartagena, con el apoyo de su yerno García Manrique, hermano de D. Rodrigo Manrique, Maestre de Santiago, casado con D.^a Aldonza Fajardo, á quien el padre Alonso Yáñez había dado en dote la villa de Mula, que había usurpado de la casa y estado del Adelantado. Indiferente á las órdenes del rey y á los mandatos del Adelantado D. Alonso Yáñez, primo suyo, dictaba leyes en la comarca y las ejecutaba á punta de lanza. D. Enrique autorizó á los émulos de D. Alonso para hacerle la guerra á *sangre y fuego*, y en virtud de esta facultad, el capitán Gonzalo Carrillo (año de 1457) invadió los estados de aquel señor maltratando á sus vasallos y haciendo daños incalculables, con talas é incendios. Enfurecido D. Alonso reunió la gente de su yerno, la de su primo Juan de Ayata, señor de Albudeyte, y pidió también socorro al rey de Granada con quien mantenía íntimas relaciones; al propio

inflexibilidad de su carácter: unia este caballero al valor de su padre D. Gonzalo, y de su abuelo don Juan, el temperamento bilioso y tetrico de un ingles bisabuelo suyo (1); y si bien estas circunstancias le habian granjeado el apodo del *Malo*, sus hazañas y ardidés de guerra le valieron el honorífico de *Bravo* (2). Á la primera noticia de que los moros habian pasado la frontera, dispuso D. Alonso tocar á rebato con todas las campanas de la ciudad, alistó y armó á cuantos hombres podian manejar las armas, y escribió al Corregidor de Murcia Diego Rivera y á Alonso Lison comendador de Alédo, para que acudiesen á Lorca con cuanta gente les fuese posible: mientras llegaban estos refuerzos juntó los suyos y los colocó en fila. Creyeron los soldados que era llegada la hora del combate; mas pronto se desengañaron, viéndose conducidos en procesion al santuario de la Virgen de las Huertas.

»Arrodillóse el caudillo ante las aras, comenzó una plegaria con edificante fervor, y cuando estaba más embebido en las

tiempo escribió la carta notabilísima que ya conocen nuestros lectores, al monarca de Castilla refiriendo sus proezas y sus servicios en la guerra, y encareciendo éstos muy particularmente y como el mayor de todos cuando al tratar de la batalla de los Alporchones, dice: «En acrecentamiento de vuestra corona real, yo señor pelee con la gente de la Casa de Granada, que eran mil, y doscientos Cavalleros, y seiscientos Peones; y llevaba yo doscientos, y ochenta de á cavallo, y mil peones, y con el ayuda de Dios, y nuestra ventura, los venci: murieron ochocientos Cavalleros, y entre ellos nueve Caudillos, y fueron presos cuatrocientos moros, DE QUE LA CASA DE GRANADA se destruyó; por cuya causa estan los Moros en el trabaxo, que vuestra Señoria sabe etc.»

Como sabía que sus reconvenéiones eran desatendidas si no las apoyaba con lanza vencedora, corrió con hueste en busca del capitán, y le atacó en la huerta de Murcia. La fortuna le fué adversa: su gente desapareció muerta y dispersada; casi todos sus castillos se rindieron, y él mismo con escasos restos se encerró en el de Lorca: aquí resistió valiente y no se rindió hasta conseguir partidos ventajosos y la devolución de los estados que le disputaban sus émulos. Entonces cortó comunicaciones con la Corte, y sin reconocer rey ni superior en aquella tierra, mandaba como señor y juzgaba como árbitro.—Véase Lafuente Alcántara, pag. 326 y 327 de la *Historia*.

(1) Este bisabuelo supuso Hita, en uno de los cantos anteriores, descendía del grande Lanzarote, «que en la Bretaña fué claro lucero.»

(2) Morote, *Blasones de Lorca*, pág. 2, libro 3, cap. 15.

letanias, se le apareció en la nave de la iglesia un fraile de la orden seráfica, con rostro angelical y grave continente. Era un religioso que vivía en olor de santidad de cuyas virtudes y don profético se contaban milagros en aquella tierra, que casualmente acudía al templo para implorar de Dios la buena ventura del pueblo escogido (1). D. Alonso se inflamó de entusiasmo religioso al ver al fraile, salió y recorrió en su compañía las filas de sus voluntarios y les probó que todos eran ya invulnerables con la égida del varón santo. Aún se oían las últimas palabras de la peroración, cuando llegaron el corregidor Rivera y el comendador Lison con los refuerzos solicitados.

»Se comenzaron á divisar en esto anchos remolinos de polvo, y á oírse los ecos lejanos de las cajas de guerra. El alcaide, su yerno Garcia Manrique y el comendador ordenaron su gente y salieron con ella extramuros. Cuando las madres y las esposas afligidas veían partir á sus hijos y maridos, tuvieron ejemplo de resignación heroica en el viejo hidalgo Pedro Gabarrón, que [marchaba contra el enemigo con sus doce hijos, menores todos de edad. «¿Do vais los albos niños? »le preguntaron algunas personas flacas de espíritu; advertid, »que son muchos los moros y los más valientes de Granada.»—«Llevo, respondió el hidalgo, doce cachorros para que »se ceben como leones en sangre mora, y cobren aliento para »las batallas,» y sin más palabra, prosiguió su marcha.

»Los moros, no bien divisaron al ejército enemigo, tomaron posiciones en la rambla y adelantaron algunas parejas para sostener las escaramuzas, frecuente preludio de sus batallas. Un hidalgo de Lorca, de nombre Quiñonero (2), que se ade-

(1) Morote (*Blasones de Lorca*, pág. 2, libro 3, cap. 15) es más prolijo que Cascales en la narración de esta campaña.

(2) Pérez de Hita, en su romance de las *Guerras civiles de Granada*, refiere esta prisión, que confirman los anales fidedignos de Lorca y Murcia. Nota del Sr. D. Miguel de Lafuente Alcántara, á la pág. 282, tomo III de su *Historia de Granada*. El romance á que alude esta nota, escrito en redondillas y quintillas, empieza:

lantó con su caballo á desafiar á un adalid (1), fué cautivado y conducido á presencia de Malique. La seguridad con que el cristiano se prometia ventura para los suyos, hizo asomar la risa á los labios del moro, el que ciertamente hubiera replicado si el grito de los combatientes no le hubiese obligado á volar á las líneas. Los cristianos que avanzaban exclamando ¡Santiago ¡Santiago! recibieron serenos una carga impetuosa de los moros, en la cual mordieron el polvo muchos jinetes de ambas filas. Ni mallas, ni espaldares, ni petos, resistían á la agudeza y empuje de las lanzas. Malique sostenía su ala con singular ardimiento y disminuía cruelmente los escuadrones enenigos, mientras que Abdilvar, seguido de algunos caballeros pundonorosos, peleaba desesperado y sostenía su flanco con notable desventaja. Los infames alarbes de la Alpujarra habían recogido banderas y negándose á combatir por no exponerse á perder el fruto de su rapiña, y se retiraban presurosos por la sierra, degollando con bárbaro refinamiento á todos los cautivos cristianos que les estaban encomendados. Abdilvar, que confió ciegamente en el refuerzo de esta gente feroz y baldía, reconoció su imprudencia en ocasión irremediable: mientras sus caballeros tuvieron vida estorbaron el paso con parapetos de cadáveres cristianos; mas abrumados por el número, cayeron lanceados unos en pos de otros. Enflaquecido el extremo de la línea, corrieron los cristianos á envolverla y lo consiguieron sin obstáculo. Malique, cercado por la gente de Lorca, defendíase bravamente, y era tal el respeto de su lanza, y tan ligero el movimiento de su caballo,

ALABEZ

Anda cristiano cautivo,
Tu fortuna no te asombre,

y puede verse en la pág. 18 del tomo I de la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, edición de la *Biblioteca Granadina*. Granada, 1847.

(1) *Adalid*.—Caudillo de gente de guerra, del árabe *dalid*, guardador, y con el artículo *al*, *el guardador*. Así llamaban el que guía, que dirige las huestes. También *ad-dalid*, participio del verbo árabe *sordo dalla*, mostrar el camino. Y hemos visto que en más de una ocasión Pérez de Hita llama á los exploradores adalides.

que la soldadesca giraba en torno amagando pero sin decision para acercarse. Á la fama de que estaba cercado un guerrero invencible, espoleó su caballo y acudió con lanza y adarga D. Alonso Fajardo, y mandó despejar el campo. Malique recibiole en regla, mas no con fortuna; la lanza del cristiano le traspasó un costado y le derribó anegado en sangre. Los soldados acudieron á cebar su encono cortando la cabeza del vencido; mas D. Alonso reprimió el conato vil, mandando curarle y ponerle á buen recaudo. Ejecutada esta hazaña voló á otros puntos donde aun se sostenian vigorosamente los enemigos, y no tardó en dar fin á la resistencia y á la vida de sus mejores capitanes. Aben Cacin, jefe de los exploradores de la Vega de Granada, los alcaides de Orce, Baza, Huéscar, Cullar y los Velez cubrieron con sus cadáveres aquel campo que habian corrido tantas veces victoriosos. La juventud mas bizarra y pundonorosa de Granada quedó allí sacrificada; y por uno de los inexplicables azares de la guerra, Abdilvar, el valiente Abdilvar, no recibió la muerte que provocó en sus accesos de vergüenza y de coraje, y vagando como demente á merced de su caballo se internó en la frontera y se agregó á los escasos restos de su gallarda hueste.

» Los vencedores, aunque diezmadados, se encaminaron á Lorca con todo el regocijo que merecia su feliz empresa. La parte de botin rescatada, los equipajes, caballos y armas de los moros entraron delante; las compañías ordenadas marchaban despues al son de las trompetas y repique de campanas y entre los vivas de los espectadores. Muchos peones llevaban ensartadas en sus picas cabezas lívidas de moros, y este mismo trofeo bárbaro colgaba destilando sangre de los arzones de algunos caballos. Los cautivos, y Malique Alavez entre ellos, considerados indignos de pisar los umbrales de la puerta principal de Lorca, por donde entraban los vencedores, fueron conducidos á un portillo que abria á un jardin del palacio de los Fajardos. Enterado el caballero moro de la humillación á que sus vencedores querian someterle, hizo hincapié, y más sensible al tormento de una afrenta que al dolor acerbo de la lanzada, dijo que él era un caballero por cuyas venas corria la sangre de los Califas, y que como tal caballero no debía en-

trar sino por la puerta principal (1) de la Ciudad; que á no ser muerto no entraria por la falsa. Las tropas que le escoltaban se enfurecieron y le intimaron la alternativa de entrar ó morir; mas como viesan que el moro no solo no se amedrentaba, sino que perseveraba tenaz y arrogante, pusieron mano á las espadas y le despedazaron. La sangre de los demas cautivos corrió en arroyos por las calles de Lorca al cabo de algunos dias. El populacho, irritado con el aviso de que fraguaban una vasta conjuracion para apoderarse de los castillos y baluartes de acuerdo con otros moros domiciliados en la Ciudad, dió fin de unos y otros con asesinatos bárbaros (2).

»El luto y la desesperacion cundieron en el reino con la noticia de esta catástrofe. Todo aquel júbilo con que el pueblo habia saludado á la hueste expedicionaria convirtiose en amargura y llanto: entró en Granada un grupo de 100 soldados, sin banderas, sin armas, sin formacion, con vestiduras rasgadas, con el desaliento pintado en sus semblantes.....

»Aben Osmin, devorado de ardiente fiebre, vagaba por los salones de su palacio, sin que el aire purisimo de la Alhambra, ni los deleites del harem, ni las amonestaciones de sus vicires templaran su dolor. Apenas Abdilvar se hubo presentado ante su vista, fué reconvenido con amargura y oyó su sentencia de muerte con estas breves palabras: «Ya que no has perecido »como valiente en la pelea, morirás como cobarde en la prision». En efecto, apoderados los verdugos del joven caballero, le condujeron á una mazmorra y cortándole la cabeza pusieron término al doble suplicio de su espiritu y de su cuerpo» (3).

(1) Pérez de Hita, de acuerdo con este autor, dice en sus *Guerras Civiles de Granada*, al tratar de este pasaje: «Volviendose los cristianos alegres á Lorca, y cargados de despojos, Alonso Fajardo se llevó á su casa al capitan Mалиque Alabéz, y queriendo entrarle preso por un postigo de un huerto, le dijo Alabéz: «No soy hombre de baja suerte, que he de entrar por ahí, sino por la puerta real de la ciudad;» y porfió tanto, que enojado Fajardo le hirió de muerte.» «Este fué el fin de aquel capitan y alcaide de Vera.»

(2) Morote, *Blasones de Lorca*, p. 2, lib. 3, caps. 16 y 17.

(3) Lafuente Alcántara cita á Conde, p. 4, cap. 32, y añade que en el ro-

Desde este momento, y conformes en un todo con el señor Lafuente Alcántara, el carácter é indole de Aben Osmin cambió por completo con el bárbaro asesinato del caballero Abdilvar, á quien tan tiernamente había amado. Rodó precipitadamente la negra pendiente que conduce á la tiranía, y de atropello en atropello, y de torpeza en torpeza, llegó fatalmente al más pérfido y cruento asesinato: el de los amigos y señores de las tribus Abencerrajes, que, emparentados con el malogrado Abdilvar, hicieron causa comun con los corifeos más audaces y los agentes más astutos de Aben Ismael, rival de Aben Osmin. Este, con pretexto de abdicar el trono en favor de aquel, invito á subir á la Alhambra y ser testigos de las ceremonias usadas en casos tales á los Abencerrajes y sus amigos. «Aben Osmin y sus pérfidos cortesanos, dice el Sr. Lafuente Alcántara, les esperaron con faz risueña en el pórtico del Alcázar, les condujeron con falaz benevolencia al patio de los Leones, y señalando la puerta de una estancia contigua, les digeron «Allí os aguardan.» No bien pisaron los caballeros el umbral de la sala, fueron rodeados por un tropel de negros y de esclavos prevenidos con armas, quedaron amarrados de pies y manos, tendidos sobre el pavimento para que gritaran. Después les arrastraron uno á uno hasta la taza de mármol colocada en medio de la sala para que en el rigor de la canícula mantuviese con sus ondas transparentes una frescura deleitosa. Allí, entre injurias y dicterios, les hicieron sufrir refinado tormento hasta cercenar sus gargantas. Aben Osmin y sus despiadados satélites sonreían con las convulsiones de sus victimas, y no suspendieron la horrible carnicería, hasta que vieron rodar la cabeza del último Abencerraje, y bosar la sangre por el borde de la pila.»

Este cruento sacrificio, y otras hecatombes de los Caballeros Abencerrajes y sus nobles amigos, encendió más y más la guerra civil en Granada y su reino, é hizo para siempre impo-

mance histórico ya citado también se cuenta su muerte, y en efecto, el que inserta Pérez de Hita y á que se refiere Lafuente, dice:

«Abidbar llegó á Granada
y el rey lo mandó matar.»

sible toda avenencia entre bandos que les separaba la generosa sangre del Abencerraje Abdilvar, y la no menos inocente de sus parientes y deudos y derramada por el feroz Osmín en la que desde entonces se llama *Sala de los Abencerrajes*, y en la que el vulgo cree ver en el fondo de la hermosa taza azul de mármol que hay en medio de dicha sala la sangre de los infelices caballeros.

¡Tales fueron las consecuencias políticas de la batalla ó campaña de los Alporchones! La división de los moros granadinos, aumentada por la muerte de Abdilvar y encendida por el degüello de los Abencerrajes, fué el auxiliar providencial que puso en mano de los Reyes Católicos las llaves del hermoso reino granadino. No es, pues, de extrañar que, recordando más tarde D. Fernando y D.^a Isabel, de perínclita memoria, el servicio grande que con esta batalla prestó Lorca á la patria, y muy especialmente á la reconquista, en una escritura de privilegio remunerativo la dieran los lugares de Huércal y Overa, que hasta aquel entonces fueran de los moros.

Al llegar aquí, y antes de ocuparnos de la forma poética y versificación del canto de Pérez de Hita, cual venimos haciéndolo en los anteriores, nos complace expresar el por qué hemos copiado, á pesar de su extensión, la bellísima reseña de la batalla de los Alporchones, hecha por el Sr. D. Miguel de Lafuente Alcántara, uno de los escritores más concienzudos, eruditos y galanos, y de los más notables académicos de la Real de la Historia de principios de este siglo.

Prescindiendo que en la peregrina descripción se encuentra condensado cuanto escribieran sobre el asunto Cascales, Morote y todos los analistas más fidedignos de las historias de Lorca, Murcia, Granada, Baza y Guadix, tiene para nosotros una muy interesante novedad el relato.

Con raras excepciones, en los cuatro tomos que forman su elegante historia de Granada, comprendiendo la de sus cuatro provincias, Almería, Jaén, Granada y Málaga, cita el Sr. Lafuente Alcántara á Ginés Pérez de Hita, y cuando lo hace es como de soslayo, por tratarse, al parecer, de un historiador *anovelado*. Razón tenía en pensar así el ilustre académico que aún hoy lloramos su prematura muerte; Pérez de Hita, como

tantas veces hemos dicho, es el padre, digámoslo así, de los peregrinos ingenios cultivadores de la *novela* propiamente llamada granadina, entre los que ya hemos visto figuran ilustres hombres nacionales y extranjeros, y no es menos cierto que lo es asimismo el padre y príncipe de los historiadores *anovelados* y *románticos*, entre cuya sobresaliente pléyade se encuentra el nombre ilustre de Washington Irving y aun el del mismo Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara.

El hermoso relato de la batalla de los Alporchones nos lo demuestra. La belleza, prudencia y valor del joven hijo de Abdilvar, su ardiente amor por la hija del vazir, enemigo mortal de sus parientes y amigos los Abencerrajes, su salida triunfal y aplaudida de Granada, las sospechas del joven caudillo, el combate de Malique Alavez el *Intrépido*, alcaide de Vera, con Yáñez Fajardo el *Bravo*, alcaide de Lorca, la dignidad de aquél prefiriendo la muerte antes que entrar en la ciudad por el portillo furtivo de las traseras del palacio de los Fajardos, la huida desesperada y sin ventura del joven caudillo Abdilvar, su muerte miserable..... ¿qué es todo ello más que una preciosísima historia anovelada, única en su clase é indígena y peculiar de la hermosa Granada? Y es que cuando el escritor de historia trata de describir desde luego la voluptuosa corte de los árabes, de contar las caballerescas aventuras de Alhama, las proezas de Osmin, las hazañas de los ínclitos reyes de Castilla y de los muchos caballeros que, siguiendo el pendón de la Cruz, se granjearon en la conquista del país granadino fama y riqueza, necesariamente, al relatar hechos tan peregrinos como maravillosos, parecerá *anovelado* y *romántico* é imitará, mal que le pese, á Pérez de Hita.

En este canto catorceno de su poema, al quinto verso de la tercera octava le sobra *que*, puesto que sin él, dice bien:

«así como las treguas se han pasado,»

y al octavo de la misma le falta *por*, en cuyo caso diría:

«por villas, por montañas y por tierras.»

El primero de la cuarta dice:

«mas nunca *Abenhalen* rey de Granada»

siendo *Abenhozmen*.

Al cuarto de la quinta:

«Defiende el paso crudamente»

le faltan dos sílabas para ser verso, y consideramos que podría decir:

«Defenderá su paso crudamente.»

Al sexto de la sexta:

«encima de su alfonsi muy sosegado»

le sobra, como se ve, una sílaba, y se completará suprimiendo el *muy*.

El séptimo de la séptima:

«que Aledo pasen, Alhama y a Librilla»

le sobra, como resalta, una sílaba, pudiendo decir en lugar de *pasen, van*.

Al segundo de la décima:

«espántanse de aquel caballero»

le falta una sílaba y se completa leyendo: *gran ó buen*, entre «aquel» y «caballero»

El séptimo de la once:

«no señor responde prestamente»

se hubiese completado diciendo:

«no señor le responde prestamente.»

Al tercero de la quinta le faltan dos sílabas y puede completarse diciendo:

«el campo aquel marchaba muy gozoso.»

En la diez y seis el tercero:

«el campo marchaba ya con alegría»

debe leerse:

«marcha el campo ya con alegría,»

y el séptimo de la misma se encontrará mejor diciendo:

«Se vuelven por Alhama y por Molina.»

El séptimo de la veintiuna:

«Lorca que supó el crudo asalto»

creemos debía ser en el original:

«Así que Lorca supo el crudo asalto.»

El séptimo verso de la treinta y tres:

«revuelven la gente de manera»

deberá ser:

«revuelven á la gente de manera.»

El segundo de la treinta y cuatro:

«No se ven caballos ni peones»

estaría mejor:

«No se ven caballeros ni peones,»

ó:

«Ya no se ven caballos ni peones.»

El sexto verso de la octava cuarenta y tres:

«Mandó que fuese abierto y fuese saludo»

parece que debía de decir en el original:

«Mandó que fuese abierto y sea saludo.»

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalitat
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

CANTO CATORCENO

DE LA BATALLA DE LOS ALPORCHONES QUE TUVO LORCA CON LOS
MOROS DEL REYNO DE GRANADA (1)

(1) ¿O dulce edad dorada de aquel tiempo
y cuan savrosa hera tu dulzura:
y como te pasastes tan sin tiempo
y antes de gustar esta grandura?
Hemos llegado pues á tan mal tiempo

(1) Veintitrés años despues, en 1595, publicaba en Zaragoza el poeta la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, y en su capitulo II trata de esta sangrienta batalla, por lo cual nos ratificamos una vez más en que este MS. sirvió de calco ó base á nuestro Pérez de Hita para la publicación de *Las Guerras Civiles*, una vez convencido del escaso mérito de la poesía.

de llanto de pesar y desventura
 á do hierro estoda convertida
 esta edad, que es ahora tan temida.

- (2) Pasó la edad de oro y la de plata
 la de hierro y cobre reyna ahora
 á do cualquier virtud lo desvarata
 y mientras muy mas, vá, mas se empeora:
 el un hermano al otro ahora mata
 los males van creciendo de hora en hora
 lo que la edad de oro no tenia
 que todo en mucha paz se mantenía.
 Mediantes aquestas treguas, que he contado
 los dos Reyes se ponen poderosos
 el tiempo estuvo todo sosegado
 y estuvieron los hombres algo ociosos
 asi como las treguas que se han pasado,
 se revolvieron ambos muy furiosos
 tomando con vigor la cruda guerra
 por villas, montañas y por tierras.
 Mas nunca Abenhalen Rey de Granada
 tiene grandes deseos de dar guerra,
 que es el pueblo invencible de Dios Marte
 Fajardo valeroso y su estandarte.

- (3) Que Lorca está en el paso, y no hay pasada
 sin ella lo saber primeramente
 y con su gente brava aventajada
 defiende el paso crudamente
 acuerda el Moro Rey una envajada
 hacerle al buen Fajardo tan valiente
 á Murcia y su tierra la nombrada
 porque este gran dolor siempre le aterra
 y para bien hacer aquesta entrada
 se le pone delante una gran sierra
 que dé paso por Lorca sin rencilla
 para ir Alhama, Aledo y á Lebrilla.
 Con este acuerdo el Rey muy prestamente
 dos Moros principales ha enviado
 los que en cuatro jornadas solamente
 al gran pueblo de Marte se han llegado
 estaba el buen Fajardo allí al presente
 encima de su Alfonsi muy sosegado

y llegando los Moros blandamente
de Cartas de su Rey le dan presente.

- (4) La carta dice así en cuatro renglones
A ti el poderoso y buen Fajardo
Alcayde en Alfonsi y sus varones
estimado varon y muy gallardo
suplico des licencia sin quisiones
á Moros de Granada con resguardo
que á Aledo pasen, Alhama y á Lebrilla
y que tomen despues á Alcantarilla.
- (5) La carta el buen Fajardo ha desplegado
y lo que en ella viene lo ha entendido
pesole de ello mucho en sumo grado
y muy furiosamente ha respondido
decille á buestro Rey que no ha acertado
en eso que por el ámi es pedido
porque soy yo muy fiel y buen Cristiano
y sirvo al gran Monarca castellano.
Yo soy muy buen hidalgo y Caballero
y miro por la honrra de mi ley
por la que de buen grado morir quiero
antes que hacer traicion á tan buen Rey
y á esto que ós respondo me refiero
pues á ello obligado soy por mi gréy,
llevad esta respuesta al de Granada
y no me vengais mas con envajada.
Los Moros se despiden muy turvados
espantanse de aquel Caballero
no ven las horas ya de ser quitados
de aquel bravoso rostro tan severo:
del termino de Lorca son pasados
y aun llevan gran temor por el sendero
piensa pues que tras ellos va Fajardo
varon tan esforzado y tan gallardo.
- (6) Llegaron á Granada sin pararse
por pueblos y caminos sin contento
fueron ante su Rey á presentarse
mostrando en su semblante el descontento
El Rey cuando los vido sin pasarse
les dice ¿se ha cumplido nuestro intento?
No señor responden prestamente



JUNTA DE ANDALUCÍA

que no quiere Fajardo aquel valiente.
 Mostrose de esto el Rey muy enojado
 mandó llamar catorce Capitanes
 con ellos consultó de lo pasado
 trayendo á la memoria los desmanes
 que el gran pueblo de Lorca habia causado
 al Reino de Granada y sus Guzmanes.
 Acuerdan de ir á entrar con grande astucia
 al valeroso Reino que és de Murcia.
 Porque pese á Fajardo por los ojos
 de Lorca han de correr toda la Vega
 sacando muy cuantiosos los despojos
 pues á darles entrada no doblega,
 causando han sobre esto mil enojos
 provando su valor con cruda brega
 y así con este acuerdo se han salido
 seiscientos de acaballo con ruido.

- (7) Un Moro muy furioso denodado
 que se llama Alavez de propio nombre
 de gente de acaballo és señalado
 de todos General de gran renombre,
 otro el Albilbar muy esforzado,
 que es tambien valeroso y muy gran hombre,
 el otro Bincó-mijar Moro fuerte
 que és mucho mas temido que la muerte.
 De todo el gran Ejercito furioso
 heran aquestos tres los Generales
 marchaba el campo muy gozoso
 tocando ministriles y atabales
 al campo ban de Lorca tan hermoso
 para vuscarles muchos graves males
 allegan hacia Vera con cuidado
 y allí tres mil peones han hallado.
 Doblabase el placer y la alegría
 hundíase allí Vera de instrumentos
 el campo marchaba ya con alegría
 á dar á los Cristianos descontentos
 por la costa se van nadie los veia
 y en campo Mula dan malos reencuentros
 vuelven por Alhama y por Molina
 y el valle de Ricote se arruina.

- (8) Saquean muchos pueblos en el Valle
cautivos son caudillos y ganados
de que no tienen más ya que quitalle,
Volvieron hacia Lorca denodados
piensa el bando morisco á Lorca dalle
por esta mala vuelta mil cuidados
mas unos Moros viejos la conocen
y dicen que con Lorca no retocen;
- (9) Porque si Lorca save de este fecho,
salir tiene á quitar la cabalgada
ya saveis que esta es gente de gran pecho
y para pelear muy esforzada
y de esto todo el mundo satisfecho
y sabe de esta gente denodada
Mejor esto nosotros lo sabemos
por do propio venimos nos volvemos.
- (10) Los Capitanes dicen muy ardidos,
por Lorca hemos de ir aunque les pese
bien escapemos muertos, bien heridos
que bien sabeis que en esto hay interese:
nosotros vamos de armas bien guarnidos
de lanza, fuerte alfange y buen pavese
todos somos moriscos esforzados
y en casos de la guerra bien cursados.
- (11) Y pues esto es así como he contado
de Lorca no temamos cosa alguna
delante vaya todo este ganado
y agora no temamos la fortuna:
todo esto así fuera concertado
y nadie en este acuerdo la repugna
y así el morisco bando denodado
por el campo de Lorca se ha lanzado:
Tomó el morisco bando aquel rayguero
que dicen de la sierra de Aguaderas:
hacen pues por allí muy gran sendero
llevando bien tendidas sus banderas
ganado allí no dejan ni vaquero
que todo lo robaban muy de veras,
Lorca que supo el crudo asalto
ya causa á la Campaña sobresalto.
- (12) Tocan luego arrebató la Campana



acude el buen Fajardo gran guerrero
 con una fuerza grande soberana;
 bien muestra ser del todo Caballero:
 armase pues la gente muy de gana
 con un valor crecido y muy entero
 los soldados se alistan muy furiosos
 mostrando en su valor ser animosos.

- (13) Acuerdan el dejar alguna gente
 que guarde la Ciudad muy valerosa
 quedar no quiere nadie allí al presente
 mas ir á la batalla peligrosa:
 sobre ello hubo acuerdo diferente
 armase la question sobre tal cosa
 Al fin se apaciguo y fue concertado
 que viejos y zagales han quedado.
 Para que si algo adverso sucediese
 despues de haberse roto la batalla
 que hubiese en la ciudad quien defendiese
 Torreones, almenas y Murallas,
 Luego que concertado esto se hubiese
 armados los Cristianos con su malla
 encima de Caballos poderosos
 al campo se salieron muy furiosos.

- (14) Murcia en aqueste punto habia llegado
 y Aledo con el mismo continente
 con la gente de Lorca se ha juntado
 y un escuadron se hace muy potente
 la delantera Lorca la ha tomado
 que para ello es Lorca pertinente:
 Atras no quiere ir ni ha consentido
 que delante ella vaya hombre nacido.
- (15) Qualquier pendon tremola muy tendido
 relumbran con el Sol los estandartes
 mostravase el de Lorca mas lucido
 que el ayre lo menea por mil partes,
 este entre los moriscos es temido
 por su valor, victoria y marcial arte;
 y ansi con ordenanza ban marchando
 y en vusca de los Moros caminando.
 Quatrocientos hidalgos de á Caballo
 salieron de tropel, dos mil peones

gozo y sumo placer daba el mirallo
 el escudron tan bravo de varones
 al Moro bando quieren atajallo
 esfuerzo lleva mas que de Leones:
 delante todos iba el buen Fajardo
 mostrando en el aspecto ser gallardo.
 Los Moros que descubren la divisa
 de Murcia fiel y Lorca el estandarte
 en el mundo que és sola una fénisa:
 se temen el asalto y crudo Marte
 pero el Moro Alavez alli pesquisa
 á un Quiñonero preso de su parte
 Dirasme la berdad buen Quiñonero
 pues ya se que eres tu buen caballero.

- (16) Aquella tres banderas y pendones
 que salen por alli por la espesura
 ¿de dónde son me dí, y los escuadrones
 que tanto en caminar ya se apresura?
 Dime tu, Quiñonero, estas razones
 que aunque preso te hallas por ventura
 libre te he de dejar, cierto sin falla,
 si quedo vivo y benzo esta batalla.
- (17) De Lorca son, responde Quiñonero,
 que alli no viene gente de otra parte
 y aquel que sale agora alli postrero
 de Murcia me parece el estandarte
 y aquel que en orden viene á ser tercero
 de Aledo es ciertamente, y es un Marte,
 Todos pues los Caballos traen furiosos
 y á la pelea vienen muy gozosos.
- (18) Responde alli Alabez muy alterado
 muestras en el aspecto ser un Marte
 pero habrales muy poco aprovechado
 la rambla no veran de estotra parte
 y si en aquesto soy tan desdichado
 que pase á esotro cabo su estandarte
 yo digo que los Moros son vencidos
 muertos por los de Lorca y bien heridos.
 El Sol les da en la cara, y esto siento
 que á los Cristianos da muy gran ventaja
 nosotros lo tomemos por tormento



JUNTA DE ANDALUCIA

Conservatorio General de la Alhambra y Generalif
 CONSERVATORIO GENERAL DE LA ALHAMBRA Y GENERALIF

al tiempo que se trave la varaja
 mas muestre cada cual buen ardimiento
 que todo no lo estimo en una paja.
 Los añafles suenan de una parte
 de otra las trompetas de Dios Marte.

(19) Despues que los de Lorca habian llegado
 El apellido dan á Santiago:
 la rambla de un encuentro la han pasado
 y hacen en los moriscos grande estrago
 del Granadino bando renegado
 todos con saña envisten como un drago
 revuelven la gente de manera
 que no se vé pendon ya ni bandera.

(20) La polvareda sube al alto cielo
 no se ven caballos ni peones
 comienza á resonar ya muy gran duelo
 por medio de los fuertes escuadrones
 de muertos ya se puebla todo el suelo
 caballos salen muchos sin arzones
 ya rueda por el suelo mucha malla
 del todo ya es trabada la batalla.
 Ya empieza el crudo asalto á hacer efecto
 anda ya la batalla con ruina
 de sangre está bañado cualquier peto
 la cota ya se rompe Xazarina
 ya rueda allí cortado el fino almeto
 la espada allí la corta siendo fina
 ya anda muy revuelto el crudo asalto,
 ya muestra el bravo Marte cruel esmalto.

(21) Ya es muerto Abencó-mijar, Moro fiero
 preso queda Alavez, Capitan Moro,
 Fajardo lo prendió, gran Caballero
 y esto lo apreció mas que un gran tesoro:
 el otro Capitan que és el tercero
 por la batalla va como un gran toro
 este es Albilbar muy señalado
 bien muestra en su valor ser esforzado.

(22) Rompiendo vá por toda la batalla
 á los mas arriesgados socorriendo
 bien siente el Moro ya que su canalla
 va á manos de Cristianos pereciendo

bien vé que no aprovecha arnes ni malla
 que Lorca lo va todo destruyendo
 Viendo pues sus negocios tan esquivos
 al punto degolló allí los cautivos.

(23) Visto Albilbar á Alavez preso
 que Lorca les va dando bravo Marte
 con un temor muy grande y muy expreso
 saco cien Caballeros del devate
 bien veis ya, Moros mios, el suceso
 les dijo del terrible y gran convate
 bien veis ya nuestras huestes destruidas
 salvemos nos nosotros con las vidas.

(24) Así como esto dijo, va corriendo
 sus Moros detras dél por no dejallo
 y asi estos pocos Moros van corriendo,
 y se escapan á uña de caballo

Fajardo que lo supo va siguiendo
 tras Albilbar, é intenta el alcanzallo
 siguieron los Cristianos el alcance
 hiriendo van, matando á todo trance;
 Los Moros sin Caballos van perdidos
 por mil partes se van descarriados
 quedaron muchos muertos, mas heridos
 por el campo de Lorca destrozados

muy pocos escaparon escondidos
 metidos por la sierra amedrantados
 estos llevan á Vera la embajada
 de nueva tan crúel y desdichada.

(25) Salen de Lorca luego las mugeres
 despues que reconocen la victoria
 llevaron refrigerio con placeres
 gozando ellas tambien de esta gloria:
 hallaron mil riquezas, mil haberes
 que duran hoy día por memoria
 Quedó la gente rica de despojos
 muy llenos de plazer y sin enojos.

(26) A Lorca se tornó toda la gente
 hubo poco de muertos y heridos
 ellos descansan todos juntamente
 de los trabajos grandes ya sufridos
 reparten los ganados igualmente



JUNTA DE ANDALUCIA

Alhambra y Generalife
 MINISTERIO DE CULTURA

segun en los estados referidos
 Quedaron muy contentos y pagados
 y con victoria tal mas ensalzados.

Peró Alavez, el Moro bravo y fiero
 Capitan muy famoso y señalado
 no quiso entrar en Lorca prisionero
 y fué forzoso allí ser acabado.

Fajardo Capitan muy gran guerrero
 mandó que fuese avierto y fuese salado
 los moriscos de Lorca lo pidieron
 y en Lorca luego al punto se lo dieron.

- (27) Vencióse esta batalla el mismo dia
 del bienaventurado San Patricio
 celebrase la fiesta todavia
 por la merced tan grande y veneficio
 porque el vendito Santo en la porfia
 asistió á los Cristianos muy propicio
 y cada año esta fiesta se celebra
 al mismo punto dia que no quiebra.

Despues de ser del todo descargados
 de Lorca los cristianos valerosos
 notando los negocios ya pasados
 ven pues su sugencion los animosos
 y que ageno estandarte están ligados
 conocen varones velicosos

por hallarse ya en Lorca mil fronteros
 y pasan los de Lorca por sus fueros.

- (28) Los de Lorca se hallaban obligados
 á militar debajó el estandarte
 de los fronteros mismos alojados
 y con ellos salir á qualquier parte:
 estos sentian muchos los preciados
 acuerdan los de Lorca entrar en parte
 á donde los fronteros no han entrado
 por lo que el Rey les dé un pendonpreciado.
 Acordaron de hacer en una entrada
 un hecho poderoso y señalado
 por do merced del Rey les fuese dado
 de darles estandarte muypreciado
 que Lorca no esté á nadie sugetado
 ni á General ninguno alli enviado

que vayan de porsí á qualquier parte
 llevando los de Lorca su estandarte.
 Aquesto pués contaron de secreto
 los valientes hidalgos generosos
 cuarenta se juntaron al efecto
 que no quisieron más los velicosos
 corazas aderezan, fino almeto
 como hombres de guerra, y animosos
 Quien son yo los diré en esotro canto
 á do verás un hecho muy despanto.

Ilustraciones de este canto catorceno.

- (1) Esta batalla se dió á dos leguas de Lorca, en tiempo del Rey D. Juan.
- (2) Edad de Plata, Edad de Hierro.
- (3) Embajada del Rey moro á Fajardo, Capitán de Lorca.
- (4) Carta.
- (5) Respuesta de la carta.
- (6) Estos mensajeros tornaron de volver, y Fajardo los mató.
- (7) Alavez, Albibar, Bencomijar, Capitanes moros.
- (8) Presa hecha por los moros.
- (9) Aviso.
- (10) Orgullo de los Capitanes moros.
- (11) Acuerdo de los moros.
- (12) Ármase Lorca.
- (13) Acuerdo de Lorca.
- (14) Vanguardia de Lorca.
- (15) Estandarte de Lorca, tenido de los moros. Llévelo en esta batalla Diego López de Guevara.
- (16) Pregunta de Alavez.
- (17) Respuesta de Quiñonero.
- (18) Rambla de Viznaga.
- (19) Santiago.
- (20) Batalla notable.
- (21) Muerte de Abencomijar, Alavez preso.
- (22) Muerte de los cautivos Cristianos.
- (23) Huída de Albibar.
- (24) Alcance.
- (25) Victoria de San Patricio; hay razón de ella en el archivo de esta ciudad, y está pintada en uno de los cuadros de su consistorio.
- (26) Despejo de los moros.
- (27) Á 17 de Marzo año 1452.
- (28) Acuerdo de los hidalgos de Lorca.

CANTO XV (1)

Tratan de la famosa victoria llamada de la *Novia de Serón*, que ganaron cuarenta caballeros lorquinos, no sólo el P. Vargas en su historia de la imagen de Nuestra Señora de las Huertas, si que también el P. Morote en sus *Blasones de Lorca*, siguiendo este hijo de la orden seráfica, en todo, y copian-do casi servilmente, el manuscrito de Pérez de Hita.

El tan eminente estadista como literato eximio, excelentí-simo Sr. D. Lope Gisbert (cuya muerte reciente llcran sus amigos y tiene á las letras aún sumidas en duelo), dijimos en la primera parte de estas páginas que, inspirándose blanda-mente en la relación hecha por el escritor y poeta hijo de Mula, compuso un bellissimo romance sobre este episodio, quizá el más brillante, y desde luego, y sin disputa alguna, más caballeresco, de la historia insigne y siempre muy entre-tenida por los sentimientos elevados, los heroicos hechos y sublimes rasgos de la ciudad de Lorca.

En la dulcísima composición, sujétase el galano y fácil se-ñor Gisbert á la verdad histórica transmitida por Pérez de Hi-ta y copiada por cuantos analistas y escritores tratan de la

(1) El suceso de la «novia de Seron» tuvo lugar, según Morote, en el año de 1440, es decir, seis años antes de la entrada de Aben Osmin, el Cojo, en la Hoya de Baza, con el degüello y toma de Benamaurel, en donde supone Gisbert muere D. Diego de Guevara, y catorce años antes de la célebre bata-lla de los Alporchones que, como hemos visto, fué en 1452.

Hacemos estas observaciones, porque parece que tanto Pérez de Hita como Gisbert no concuerdan en orden cronológico con el franciscano historiador. El primero de los escritores coloca en su poema á «el canto de Seron» des-pués y á seguida de la batalla de los Alporchones. El segundo parece asentir á esta opinión, porque si bien fija la fecha de la audaz correría de los Cuaren-ta, desde luego al suponerles combatiendo al grito de ¡Santiago y San Patri-cio!, es evidente, entiende, que sucedió después de la campaña de los Alpor-chones, desde la que, y sólo desde ella, pudieron los de Lorca invocar á *San Patricio* como protector de sus armas.

«hazaña, llamada de los cuarenta,» si bien de ella debe descartarse, como es natural, la ficción poética final de suponer herido de amores por la hermosa mora á D. Diego Guevara, el que:

«Huyendo todo regalo
sus arreos son las armas
su descanso el pelear, etc.....»

y darle por muerto:

«en aquella noche infausta
en que entró á Benamaurel
Aben-Ozmin de Granada,

y de encontrar al bravo caballero ya cadáver bajo la cota de malla:

«todo bañado en su sangre
el almaizar de Walala;»

porque todos estos hechos son hijos de una exquisita inspiración, tan de notar en todo el romance, que es muy difícil en él hacer pretender resaltar la menor ó mayor belleza de este ú otro período, por resultar todos elegantes y hermosos.

¡Qué elogio tan caballeresco hace de los fronteros lorquinos cuando dice:

«todos de nobles blasonan;
y fieros en el combate,
benignos en la victoria,
admiran á los valientes,
respetan á las hermosas!»

¡Qué bien pintada está la galantería de los caballeros del siglo XV, cuando D. Diego de Guevara

«..... se inclina
al acabar y del velo
de la doncella la fimbria
coge y la besal»

Y cuando más adelante y galán:

«El palafren de Walala

Don Diego lleva del diestro
que no quiso tal cuidado
confiar á un escudero.»

Inefable ternura respira el poeta cuando al ensalzar el poder de Walala, es decir, de la hermosa mitad del género humano, exclama:

«¡Bendita la mujer sea!
¡Bendito su dulce imperio!
¡Sin ella el hombre no es hombre!
¡Sin ella el mundo es un yermo!»

y el que esto escribe de la mujer, sabe bien cómo todo caballero debe contestar á un reto sin arrogancia ni temor, y con fina urbanidad:

«Decid á Ibn-Aamir, responde,
que nosotros combatimos
por gloria y no por botín;
y que enfrente del peligro
á vivir por gracia suya
todos morir preferimos.»

No tanto para rendir modestísimo tributo á la memoria querida del que tantas atenciones guardamos, transcribimos á seguida el romance de la «Hazaña de los cuarenta» (como él le tituló), premiado con la Englantina de oro en los juegos florales celebrados en Murcia el día 9 de Mayo de 1875, si que también porque con dificultad, siguiendo á los historiadores que se ocupan de esta faena militante, propia de la andante caballería en los días de su apogeo y mayor gloria, podría darse, ni más placer al lector, ni más hermoso comentario ó acertada introducción al canto quince, del insigne escritor murciano Pérez de Hita, que el celebrado é histórico romance escrito por otro hijo del mismo serenísimo país, *patria de inquietos pensadores*, el Sr. Gisbert, á quien tan dulce y sensiblemente moviera el délfico fuego, enlazando la poesía y la verdad, en un asunto digno por todos conceptos de las novelas caballerescas, románticas ó históricas del siglo XV, tal como la de Quintín Duvart ú otra de las que tanta fama dieran á Sir Walter Scott.

LA HAZAÑA DE LOS CUARENTA

(Episodio de la historia de Lorca.)

ROMANCE

I

Abul-Asbag-Ben-Mogira,
 bizarro alcaide de Baza,
 que guarda plaza y castillo
 por su Rey el de Granada,
 del muro que á Oriente mira
 sobre la torre más alta
 está, rebosando gozo,
 al despertar la mañana.
 Bien sabe el amante moro
 que en vano tan pronto aguarda,
 que el punto del mediodía
 es la hora prefijada,
 y la morisca etiqueta,
 cuando un término señala,
 ni le anticipa un instante
 ni un instante le retarda.
 ¡Si él fuera quien ir pudiera!
 ¡Si su deber no le atara!
 Faltando á toda etiqueta,
 rompiendo reglas y usanzas,
 apareciera en Serón
 antes que el alba apuntara.
 Pero el Rey, que siempre teme
 las cristianas asechanzas,
 le veda salir ni un día
 de la plaza codiciada.
 Y es forzoso resignarse.
 ¡Dios lo quiere; el Rey lo mandal



P.C. Monumentos de la Alhambra y Generalif
 CONSEJERÍA DE CULTURA

Ya nace el sol: por los campos
 su viva luz se derrama:
 ya alegre rumor de vida
 en la ciudad se levanta:
 añafles y timbales
 con toques de guerra llaman,
 y jinetes y peones
 pasean calles y plazas.
 Cubre la esparcida arena
 dorada flor de retama,
 se adornan los ajimeces
 de colgaduras galanas:
 arco de ramas y flores
 se elevan frente al alcázar,
 con sentencias del Korán
 y breves versos que ensalzan
 el valor de Abul-Asbag
 y de su esposa las gracias;
 y al pie del arco Ibn-Handis,
 poeta de ilustre fama,
 cercado de mil curiosos,
 al compás de su guitarra,
 ya populares *kasidas* (1),
 ya tiernas *gazelas* (2) canta.

Con verlo todo el alcaide
 las lentas horas engaña;
 pero llega el mediodía
 y ¡oh, Dios! no llega Walala.
 Lleno el pecho de zozobra
 resuelve el ir á buscarla;
 y en esto, en rauda carrera
 ve bajar por la montaña
 un jinete, á cuya vista
 se estremecen sus entrañas.
 —«¡Mi caballo!—grita al punto.—

(1) Relaciones ó romances.

(2) Poesías amorosas.

¡Que me sigan treinta lanzas!»
 Y muy luego al mensajero
 en medio del llano alcanza.
 —«¡Mi esposa!»—clama el Alcaide;
 y el nuncio, apenas el habla
 pudiendo dar, le responde:
 —«¡Cautiva!»—«¡Cautiva!»—exclama
 Abul-Asbag.—«¡Ah, volemos,
 volemos á rescatarla!»

II

Cautiva se halla, en efecto,
 la noble y gallarda mora,
 que aquel día á Abul-Asbag
 iba á dar mano de esposa.
 De los espesos pinares
 que á Fuencaliente coronan,
 en un verde pradecillo,
 al pie de peña fragosa,
 está sentada. Á sus plantas,
 dos negras esclavas lloran,
 y más allá, en triste grupo,
 con faz abatida y torva,
 están, ó heridos ó atados,
 los valientes de su escolta.
 Ella, cubierta de un velo,
 en ancho alquicel se emboza,
 y oculta con noble orgullo
 su temor y su congoja,
 resuelta á morir, si amaga
 algún peligro á su honra.
 Mas no corre riesgo alguno,
 pues los guerreros de Lorca
 que acaban de cautivarla,
 todos de nobles blasonan;
 y fieros en el combate,



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Museo de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERIA DE CULTURA

benignos en la victoria,
 admiran á los valientes,
 respetan á las hermosas.

Cuarenta ilustres mancebos
 son, que ambiciosos de gloria,
 secretamente acordaron
 entrar por las tierras moras,
 y hacer en ruda algarada
 la prueba de sus personas.
 Á don Diego de Guevara,
 á quien la fama pregona
 por valiente y por experto
 de guerra en las duras obras,
 eligen por su adalid.
 Cada cual sale á deshora,
 se reúnen en Nogalte,
 y amparados por las sombras
 de la noche, junto á Aspilla,
 cruzan la frontera próxima,
 y llegan á Fuencaliente
 y en sus pinares se emboscan.

Alto el sol, ven asomar
 la breve y lucida tropa
 que desde Serón conduce
 á Baza la ilustre novia.
 Los rodean, los embisten,
 y tras pugna recia y corta,
 los fueron rindiendo á todos
 y uno solo escapar logra.

Recogen pingüe bótn
 de armas, caballos y joyas,
 y el riquísimo acidaque (1)
 con que el padre á su hija dota:

(1) Esta palabra no se encuentra en *El Glosario* del Sr. Eguilaz Yanguas.

y antecogiendo los presos,
á la emboscada se tornan.

El uno, de centinela
se pone sobre una roca;
otros, los más fatigados,
se recuestan en la alfombra
que entre lentiscos y pinos
tiende la yerba frondosa,
y los demás, repartidos
en varios grupos, razonan.
De volver á la ciudad
algunos dicen que es hora.
Otro opina que la empresa
realizada es fácil cosa;
que él salió á probar su brazo
en trances de mayor monta,
y hasta hallarlos y vencerlos
jura no volver á Lorca.

Es don Martín de Morata
quien así piensa; le apoyan
otros muchos, y el caudillo
acepta la valerosa
opinión, diciendo:—«Amigos,
avisado ya á estas horas,
vendrá sin duda el de Baza
á recobrar á su esposa,
y á nuestro nombre sería
el no esperarle deshonra.
Esperemos, pues.»

Alegres
el gallardo acuerdo toman,
y por el prado se esparcen
y para la lid se aprontan.

En esto grita el vigía:
—«¡Moros de Serón!»—Gozosa
aclamación le responde
que atruena la selva toda.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Moros de la Alhambra y Generalife
CONSERVATORIO DE LA ALHAMBRA

—«¡Los nuestros!»—piensan los presos.
 —«¡Mi padre!»—exclama la mora.
 Y el vigía otra vez grita
 desde la empinada roca:
 —«Son muchos y apriesa vienen!»
 Y el capitán—«¡Bien! ¡Qué importa!
 Con cualquiera de nosotros
 para veinte moros sobra.»

III

En cuatro iguales hileras
 formando escuadrón lucido
 á encontrar á los musulimes
 van los cuarenta lorquinos,
 y al frente de ellos don Diego
 en su caballo rosillo (1).
 Al sol los limpios arneses
 despiden reflejos vivos
 y tremolan en las auras
 penachos y pendoncillos.

Cuando van llegando cerca
 ven pararse al enemigo,
 y salir un hombre solo,
 de paz agitando en signo
 un blanco lienzo.

Por orden
 de Guevara, á recibirlo
 avanza Pedro Navarro,
 mozo sesudo y fornido.
 —«El noble Ibn-Aamir, alcaide
 de Serón, de quien soy hijo,
 os manda salud y os dice:

(1) El color del caballo es histórico.

devolvemos los cautivos,
 llevaos como rescate
 el botín que habéis cogido,
 é id en paz. Nos fuera fácil
 rodearos y rendiros;
 pero enemigos corteses,
 con hombres de vuestro brío
 á lograr fácil victoria,
 tratar de paz preferimos.»
 Así habló el moro, y Navarro,
 ya por su jefe advertido,
 —«Decid á Ibn-Aamir, responde,
 que nosotros combatimos
 por gloria y no por botín;
 y que enfrente del peligro,
 á vivir por gracia suya,
 todos morir preferimos.»

Cada cual vuelve á su campo.
 Los moros ronco alarido
 dan al saber la respuesta
 de los cristianos altivos,
 y en contra de ellos se arrojan
 como raudo torbellino.
 Los nuestros bajan las lanzas,
 se afirman en los estribos,
 se cubren con los escudos,
 y en las sillas recogidos
 salen á escape á su encuentro.
 En el espacio extendido
 entre el monte y el pinar
 el choque fué, y los vecinos
 ecos el hórrido estruendo
 repiten ensordecidos.

En nube espesa de polvo
 queda el lance confundido;
 se oye el fragor de las armas,
 se ve del acero el brillo,
 rugen como el huracán



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

los lelíes (1) moriscos:
 mas no se sabe quién lleva
 la ventaja en el conflicto.
 Una ráfaga de viento
 al fin la nube deshizo,
 y descubre á los cristianos
 formando en estrecho círculo
 la más vistosa batalla
 que vió aquel guerrero siglo.
 Ninguno de los cuarenta
 los arzones ha perdido;
 cada uno es un San Jorge;
 todos juntos un castillo
 con recio adarve de acero,
 donde se estrella el continuo
 asalto, que los musulimes
 les dan en rápidos giros.
 Don Diego, que siempre alerta
 no dió un instante al olvido,
 al lidiar como soldado,
 su deber como caudillo,
 observa que va cediendo
 de los musulimes el brío;
 que algunos huyen del campo,
 y que Ibn-Aamir, recogidos
 los más enteros, prepara
 un empuje decisivo.
 Conoce el experto jefe
 que los moros son vencidos,
 y da animoso á los suyos
 del supremo esfuerzo el grito.
 —«¡Santiago! ¡Cierra, cierra!
 ¡Lorca, Lorcal ¡San Patricio!»
 Y en rápido movimiento
 los cristianos al oirlo,
 despléganse en larga hilera
 cual de un resorte impelidos,
 y se arrojan á los moros,

(1) *Lelilí*, grito ó vocerío que dan los moros cuando entran en combate; de *le illah illa Allah*: «No hay más Dios que Alah».

sin que nadie resistirlos
 ose ni pueda.

Ibn-Aamir
 aún combate mal herido
 con el grupo de sus deudos,
 con su alférez y sus hijos.
 Navarro cierra con él,
 Guevara acude en su auxilio,
 detiene el brazo á Navarro,
 y dice á Ibn-Aamir:—«Rendíos:
 ireis salvo, noble anciano;
 de honor y vida sois digno.»

IV

Poco después, en el prado
 donde la triste cautiva
 por los fieles escuderos
 que á los cuarenta servían,
 mientras éstos peleaban,
 quedó guardada y servida,
 los cristianos en redor
 de su capitán se apiñan,
 y calurosos discuten
 algo grave en voz sumisa.

Del grupo sale Don Diego,
 y con noble gallardía
 ante Walala doblandó
 en el suelo una rodilla,
 le dice:—«Noble doncella,
 para honrar en forma digna
 de caballeros cristianos
 este venturoso día,
 libre sois, y libres todos
 los vuestros, y vuestra rica



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Municipal de la Alhambra y Generalif
 CONSERVACIÓN DE LA CULTURA

dote os volvemos, y á todos
 todo lo suyo.»—Se inclina
 al acabar, y del velo
 de la doncella la fimbria
 coge y la besa.

Embargada
 por la emoción, no podía
 ella responder, y el padre
 por ella habló:—«¡Te bendiga
 Alah!—dice,—pues á un padre
 de muerte y deshonor libras.
 Sabe que acepté en el campo
 á tu propuesta la vida,
 sólo por verla y saber
 cuál era su suerte: y fija
 la dura resolución,
 acá en mi pecho traía,
 de matarla y de morir
 antes que verla ofendida.
 Guardad las riquezas todas
 que en buena guerra adquiridas
 son vuestras; á mí me basta
 con recobrar á mi hija.»

Walala levanta en esto
 el velo que la cubría,
 y ruborosa descubre
 belleza tan peregrina,
 que los cristianos prorrumpen,
 de asombro llenos, en vivas.
 Ella, bajando los ojos,
 que astros de luz parecían,
 y en cuyas largas pestañas
 gruesas lágrimas oscilan,
 de las llamas del pudor
 siente la faz encendida,
 y entre turbada y gozosa,
 dice así, con voz suavísima:
 —«Señor, si admiré tu esfuerzo,
 admiro más tu hidalguía;



JUNTA DE ANDALUCÍA

Ministerio de la Alhambra y Generalife
 MINISTERIO DE CULTURA

y en vano me dejas libre,
 si de nuevo me cautivas;
 pues deudas de gratitud
 en personas bien nacidas,
 más que el hierro ata los brazos,
 alma y corazón obligan.»

Estas discretas razones
 absorto don Diego admira,
 y en torno sus caballeros
 se estrechaban por oirla.

Tras breve pausa la hermosa
 algo más á decir iba,
 cuando en lo alto de la roca
 suena la voz del vigía
 que anuncia moros de Baza.

—«¡Bendito sea el cielo!»—grita
 Guevara.—Sin duda alguna
 nos es la Virgen propicia,
 pues hoy por tercera vez
 con el combate nos brinda.

¡Ea, amigos, á caballo!»
 Al oírle, estremecida
 por el riesgo de su amante
 aquella mujer divina,
 delante del Capitan
 poniéndose de rodillas,
 clama:—«¡Por Dios! ¡No más sangre!
 que es ya mucha la vertida!»

—«Vuestra voluntad es ley,
 dice Don Diego, y cumplida
 será siempre como tal
 en donde impere la mía.
 ¡No más sangre! Vamos todos
 á encontrar á Ben-Mogira.»

V

Á prevenir al de Baza
 mandaron un mensajero,



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumentos de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

y poco despues salían
 todos juntos á su encuentro.
 El palafren de Walala
 Don Diego lleva del diestro,
 que no quiso tal cuidado
 confiar á un escudero:
 y era de ver cuán alegre
 á la mora iba sirviendo
 aquel terrible soldado,
 aquel hidalgo soberbio,
 que no dobla la cerviz
 sino á Dios y al Rey.

Misterios

son estos del corazon
 que acatamos y entendemos.

Al llegar Abul Asbag
 trae receloso el aspecto,
 apenas mira á su esposa
 y responde breve y seco
 á las corteses razones
 que le dirige Don Diego.
 Guevara de mal talento
 replica un tanto altanero.
 Cruzan los dos la mirada,
 á un tiempo fruncen el ceño,
 hay un instante solemne
 de pavoroso silencio.

.....

Pero todo lo conjura
 Walala; su blando ruego
 es como en cielo nublado
 benigno soplo de viento.
 ¡Bendita la mujer sea!
 ¡Bendito su dulce imperio!
 ¡Sin ella, el hombre no es hombre!
 ¡Sin ella, el mundo es un yermo!

Confuso el moro, á Guevara
dice:—«Capitán, comprendo
que falté á la cortesía,
y ¡por Alahl que lo siento.
Mas si con esta mi excusa
no te das por satisfecho,
á abonar mis imprudencias
siempre está pronto mi acero.»
—«¡No más!—exclama Guevara:
¡id con Dios, y pues sois dueño
de tan discreta hermosura,
que os colme de dicha el cielo!»

Al despedirse Ibn-Aamir,
quitando el dorado freno
del palafren de su hija,
lo da á Guevara en recuerdo.
Walala, de su tocado
rico almaizár desprendiendo,
se le da también, y al noble
Morata, que fué el primero (1)
que habló en su favor, la joya
que lleva prendida al pecho.
A los demás Ibn-Aamir
y Abul-Asbag, compitiendo
en gusto y esplendidez,
armas y joyeles dieron.

En la iglesia de las Huertas
se ha visto por largo tiempo
el freno de azul y oro
que el insigne caballero
á la Virgen, su patrona,
ofreció como trofeo.
Y porque nunca se pierda
la memoria de estos hechos,
los mandó Lorca pintar

(1) Este Morata se llamaba D. Tomás, y era hermano de D. Martín.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. ALHAMBRA y Generalife
COMUNIDAD DE TORRA